

PRESSBOOK

Chiho AOSHIMA

El Mundo

January 2008



Chiho Aoshima, junto a una de sus obras donde corretean calaveras, en el Espai 13 de la Fundació Joan Miró.

SANTI COGOLLUDO

Kawaii: la desazón silenciosa

* LETICIA BLANCO

Ni su afrancesado estilismo Chloé ni los forzados 20 minutos de obligada espera (de diva) encajan con la obra de Chiho Aoshima, la segunda residente de la exposición *Kawai! Japón ahora* en la Fundació Joan Miró. Calaveras gigantes con tradicionales flores sakura saliendo de las cuencas de los ojos, una reinterpretación retroerótica del horóscopo chino, rascacielos y montañas animadas, tardoadolescentes desnudas atadas... Con razón la obra de esta japonesa nacida en 1973 ha sido agrupada bajo el sugerente título *Terror y seducción*. Un cóctel de *naïveté* y decrepitud que casi toda la generación *kawaii*, tan cándida y tan de vuelta de todo al mismo tiempo, toma.

Chiho no responde al esquema habitual. Hace tiempo de que dejó atrás la veintena, viaja acompañada por un miniséquito de

asistentes de prensa que filman todo lo que sucede en un radio de dos metros, estudió Ciencias Económicas y fue un encuentro fortuito con el *superartista* Takashi Murakami lo que la llevó a dedicarse al arte. «Nos conocimos cuando estaba terminando la carrera. Yo tenía 23 años y él vino a la escuela a comisariar una exposición sobre propaganda en el cine. Vio mis cuadros y me animó a seguir pintando. Él encaminó mi carrera».

Luego vinieron las exposiciones en París (en la galería Emmanuel Perrotin), Nueva York, Sudáfrica, Taiwan y Miami, las colaboraciones con Dermachelier y con Issey Miyake y la estancia en la Kaikai Kiki Corporation, algo así como la *factory* de Murakami, el mismo que firma actualmente los bolsos de Louis Vuitton y que vende millones de *gadgets*

con una margarita pop sonriente. «El secreto de su éxito? Su obra hace feliz a mucha gente de diversas edades, les devuelve a la alegría de la infancia, y eso no es fácil».

¿Y esas calaveras que juegetean con las olas en la playa? ¿También es un recuerdo de infancia? «Es un homenaje a Max Klinger. Y sí, de niña adoraba los templos budistas. En Angkor vi una ruina cubierta de enredaderas y... No sé como explicarlo, pero el tiempo se paró allí, de repente. Y es lo más parecido a la muerte que me imagino. Una mezcla de historia y naturaleza en el mismo lugar. No sé que concepto existe en Occidente sobre la muerte,

pero en Japón es algo que se rechaza. Yo misma también tengo miedo, pero creo que es bueno que nos vayamos acostumbrando a ella. Con el tiempo, siempre llega».

La exposición *Terror y seducción de Ashima* está hasta el 24 de marzo en la Fundació Joan Miró.